

¿Pides pavón ó rombo regalado?  
 Y cuando amor agujate tirano,  
 Que te devore sufrirás su llama,  
 Porque lo que desees no esté á mano?  
 Yo de esos no soy, no; yo quiero dama  
 Dispuesta y fácil en cualquier extremo;  
 Y como dice el sabio Filodemo,  
 Aquella que se venga con « mas tarde, »  
 « Cuando salga mi esposo, »  
 « Pues bien, dame algo mas, » esa se guarde  
 Para hombre á quien amor nunca moleste.  
 La que poco me cueste,  
 La que llamada se presente al punto,  
 Limpia, blanca, bien hecha, buen conjunto,  
 La que tal se me muestre como sea,  
 Esa es la que me halaga y me recrea.  
 Iliá, Egeria la llamo,  
 Y mil nombres la doy cuando me inflamo;  
 Sin temor de que venga su marido,  
 La puerta á golpes hunda,  
 Ladre el perro, entre el ruido y barahunda,  
 Del lecho sin sentido  
 La señora se arroje macilenta,  
 Y esclame « ¡Ay infeliz! » la confidenta:  
 Aquella tiemble de perder su dote,  
 Aquesta su cogote,  
 Y yo que huir las faldas  
 Tenga, porque no paguen mis espaldas,  
 O mi hacienda ó mi honor no sufra agravio,  
 Descalzo y desceñido.  
 Es tristísima cosa ser cogido;  
 Tristísima, preguntéuselo á Fabio.

## CALDERON

(DON SERAFIN E.).

Nació en Málaga, á principios de este siglo, de familia distinguida. Hizo sus primeros estudios y los de matemáticas y filosofía en los clérigos menores, bajo la direccion de los padres García y Cordero, célebres por sus conocimientos é ilustracion. Pasó luego á Granada á seguir la carrera de leyes en la Universidad, en donde ganó pronto un nombre. En el año de 1822 se le confirió la cátedra de retórica y bellas letras, en cuyo tiempo escribió muchos versos notables por su buen gusto y sobre todo por la destreza y esmero con que en ellos se manejaba la lengua. Recibido á poco de abogado, volvió á Málaga, en donde desempeñó varios cargos honrosos en su carrera, prosiguiendo al mismo tiempo en el cultivo de las letras. En el año de 1830 pasó á Madrid, en donde publicó á poco un tomo de poesías, bajo el nombre del *Solitario*, que mereció el aplauso de los conocedores. Entró tanto escribia en las Cartas españolas, único periódico literario que entonces se publicaba, ciertos artículos de costumbres andaluzas llenos de verdad y chiste que ayudaron á darle mas nombradía. Al propio tiempo cultivaba con toda la constancia que exige tan difícil estudio la lengua árabe, logrando adquirir en ella conocimientos no vulgares. En 1833 fué comisionado por el gobierno para escribir unos principios de administracion tomando por tipo los que escribió en frances Juan Carlos Bonnin. En principios de 1834 fué nombrado auditor general del ejército del norte, en donde siguió por tres años participando de las fatigas y glorias del soldado: en 1836, con retencion de su cargo de auditor, se le nombró gobernador civil de Logroño. Cuando los acontecimientos de agosto de aquel año obtuvo licencia para restablecerse de una grave caída de caballo y regresó á Madrid, en donde volvió á aplicarse al estudio. Preparó entonces para la prensa su novela de *Cristianos y Moriscos* y comenzó á buscar, copiar, allegar y coordinar todos nuestros cancioneros y romanceros, así impresos como inéditos, por si algun dia puede acometer la empresa de una coleccion completa de estos tesoros de la literatura española. A fines de 1837 fué nombrado jefe político de Sevilla, en cuya capital realizó varias mejoras artísticas, administrativas y literarias. Estableció un liceo en donde al punto aparecieron las muestras del ingenio y del pincel sevillano, erigió un museo en donde se custodiasen las obras de los insignes maestros andaluces, y salvó de la destruccion millares de volúmenes y preciosidades, reuniendo una biblioteca acaso la mejor de España. Cuando iba planteando otras nuevas mejoras y perfec-

cionando estas, sobrevinieron los acontecimientos de Sevilla de noviembre de 1838, en los cuales para no ser víctima del encono de los partidos tuvo que huir, retirándose desde entonces á la vida privada en la que prosigue cultivando las letras. Tiene trabajos muy preciosos hechos sobre la literatura morisca, conocida solo por él y por el jóven y muy distinguido orientalista español don Pascual Gayangos. Tenemos entendido que dará pronto á la prensa otro tomo de sus poesías. Sigue coordinando su inmensa y preciosa coleccion de romanceros y cancioneros, y escribiendo por el estilo de la de los *Cristianos y Moriscos* otras novelas y cuentos, en que pinta las costumbres españolas con todas las galas y primores de la lengua castellana, bien manejada.

### PULPETE Y BALBEJA,

HISTORIA CONTEMPORÁNEA DE LA PLAZUELA DE SANTA ANA.

Caló el chapeo, requirió la espada,  
Miró al soslayo, fuése, y no hubo nada.  
CERVANTES.

No hay mas decir, sino que Andalucía es la mapa de los hombres regulares y Sevilla el ojito negro de tierra de donde salen al mundo los buenos mozos, los bien plantados, los lindos cantadores, los tañedores de vihuela, los decidores en chiste, los montadores de caballos, los llamados atras, los alanceadores de toros, y sobre todo aquellos del brazo de hierro y de la mano airada... Si sobre estas calidades no tuvieran infundida en el pecho mas de una razonable prudencia, y el diestro y siniestro brazo no los hubieran como atados á un fino bramante que les tira, modera y detiene en el mejor punto de la cólera, no hay mas tustus sino que el mundo sería á esta hora mas yermo que la Tebaida.

Por fortuna estos paladines de capa y baldeo se contienen, enfrenan y han respeto unos á los otros, liberando así los bultos de los demas, copiando de aviesa manera lo que llaman el equilibrio de la Europa. Aquí tose el autor con cierta tosecilla seca y prosigue así relatando. — Por el ámbito de la plazuela de Santa Ana, enderezándose á cierta ermita de lo caro, caminaban en paso mesurado dos hombres que en su traza bien manifestaban el suelo que les dió el ser. El que media el ándito de la calle, mas alto que el otro como medio jeme, calaba al desgaire ancho chambergo ecijano, con jervilla de abalorios, prendida en liston tan negro como sus pecados: la capa la llevaba acogida bajo el siniestro brazo; el derecho campeando por cima de un embozo turquí mostraba la zamorra de merinos nonatos con sus charnelas de argenteria. El zapato vaquerizo, las botas blancas de botoneria turquesa, el calzon pardomonte, depuntado en rojo por bajo la capa y pasando la rodilla, y sobre todo la traza membruda y de jayan, el pelo encres-

pado y negro, y el ojo de ascua ardiente, pregonaban á tiro de ballesta que todo aquel conjunto era de los que rematan un caballo con las rodillas, y rinden un toro con la pica. En dimes y diretes iba con el compañero, que era mas menguado que pródigo de persona, pero suelto y desembarazado á maravilla. Este tal calzaba zapato escarpin, los cenojiles sujetaban la media á un calzon pana azul, el justillo era caña, el ceñidor escarolado, y en la chaqueta carmelita los hombrillos airosos con sendos golpes de botones en las mangas. El capote abierto, el sombrero derribado á la oreja, pisando corto y pulidamente, y manifestando en todos sus miembros y movimientos ligereza y elasticidad á toda prueba, daba á entender abiertamente que en campo raso y con un retal carmesí en la mano, bien se burlaría del mas rabioso jarameño ó del mejor encornado de Utrera. Yo que me fino y desperezco por gente de tal laya, aunque maldigan los pares y los lores, ibame paso pasito tras sus dos mercedes, y sin mas poder en mí, entréme con ellos en la misma taberna ó ya figon, puesto que allí se dan ciertos llamativos mas que el vino, y yo, cual ven los lectores, gusto llamar las cosas por sus nombres castizos. Me entré y acomodéme en punto y manera de no interrumpir á Oliveros y Roldan, ni que parasen atencion en mí, cuando vi que así que se creyeron solos se pasaron los brazos en ademan amigable por derredor del cuello, y así principiaron su plática.

«Pulpete, dijo el mas alto, ya que vamos á brincar frontero el uno al otro con el alfiler en la mano, de aquí te apuesto y allí te doy, de guárdate y no te des, de triz traz, tómalala, llévala y cuéntala como quieras: vamos antes á nos echar una gotera á son y compas de unos cantares. — Señor Balbeja, respondió Pulpete (sacando al soslayo la cara y escupiendo con el mayor aseó y pulcritud en derecho de su zapato), no seré yo el que por la Gorgoja ni otra mundanidad semejante, ni porque me envainen una lengua de acero, ni me aportillen el garguero, ni pequeneces tales, me amostace yo ni me enoje con amigo tal como Balbeja. Venga vino, cantemos luego, y supito sanguino aquí mismo démonos cuatro viajes.»

Trajeron recado, apuntaron los vasos, y mirándose el uno al otro cantaron á par de voces aquello de *caminito de Sevilla*, y por la *tonada de los panes calientes*.

Esto hecho, se desnudaron de las capas con donoso desenfado y desenvainaron para pinjarse cada cual, el uno un flamenco de terciá y media con cabo de blanco, y el otro un guadifeño de virola y golpetillo, ambos hierros relucientes que quitaban la vista y agudos y afilados para batir cataratas cuanto y mas para catar panzoquis y bandullos. Ya habian hendido el aire dos ó mas veces con las tales lancitas, revueltas las capas al siniestro brazo, encogiéndose, hurtándose, recreciéndose y saltando, cuando Pulpete alzó bandera de parlamento y dijo: «Balbeja amigo, solo te pido la gracia de que

no me abaniques la cara con Juilon tu cuchillo, pues de una dentellada me la parara tal que no me conociera la madre que me parió, y no quisiera pasar por feo, ni tampoco es conciencia descomponer y desbaratar lo que Dios crió á su semejanza. — Concedido (respondió Balbeja), asestaré mas bajo. »

« Salva, salva los ventriculos tambien, que siempre fui amigo del aseo y la limpieza, y no quisiera verme manchado de mala manera si el cuchillo y tu brazo me trasesasen los higados y el tripotage. — Tiraré mas alto: pero andemos. — Cuidado con el pecho, que padezco de cansancio. — Y dígame, hermano, ¿por dónde quiere que haga la visita? — Ah buen Balbeja, siempre hay demasiado tiempo y persona para desvencijar á un hombre: aquí sobre el muñon siniestro tengo un callo donde puede hacer cecina á todo su sabor. — Allá voy, » dijo Balbeja, y lanzóse como una saeta: reparóse el otro con la capa, y ambos á dos á fuer de gallardos peñolistas comenzaron de nuevo á trazar ss y firmas en el aire con lazos y rúbricas, sin despuntar empero pizca de pellejo.

No sé en qué hubiera venido á dar tal escarceo, puesto que mi persona rebegida, seca y avellanada no es propia para hacer punto y coma entre dos combatientes; y que el montañes de la casa se cuidaba tan poco de lo que sucedia, pues la algazara de los saltos, sillas y trebejos los tapaba con el rasgado de un pasacalle que tañía en la vihuela con toda la potencia del brazo. Por lo demas estaba tan pacífico como si hospedase dos ángeles y no dos diablos encarnados. No sé, repito, donde llegara tal escena, cuando se entró por el umbral de la puerta una persona que vino á tomar parte en el desenlace del drama. Entró, digo, una muger como de veinte á veinte y dos años, reducida de persona, pero sobrada en desenfado y viveza. El calzado limpio y pulido, la saya corta, negra y con caireles, la cintura anillada y la toca ó mantilla de tafetan afranjado, recogida por bajo del cuello, y un cabo de ella pasado por sobre el hombro. Pasó ante mis ojos titubeando las caderas, los brazos en asas en el cuadril, blandiendo la cabeza y mirando á todas partes. A su vista el montañes soltó el instrumento, yo me sobrecogí de tal bullir, cual no lo sentia treinta años hace (al fin soy de carne y hueso), y ella sin hacer alto en tales estafermos, prosiguió hasta llegar al campo de batalla. Allí fué buena: don Pulpete y don Balbeja, viendo aparecer á doña Gorgoja, primer capitulo del disturbio, y premio futuro del triunfante, aumentaron los añascos, los brinquillos, los corcovos, las hurtadillas y los gigantones, pero sin tocarse ni con un pelo. La Gorgoja Elena presenció en silencio por larga pieza aquella historia, con aquel placer femenino que las hijas de Eva gustan en trances semejantes; tanto á tanto fué oscureciendo el gracioso sobrejejo hasta que sacándose de la linda oreja no un zarcillo ni arracada, sino un trozo de cigarro de corrachin negro, lo arrojó en mitad de los justadores. Ni el baston de Carlos V en el *Postrer duelo de España* produjo tan favorables efectos. Uno y

otro, como quien dice, Bernardo y Ferraguto, hicieron afuera con formal respeto, y cada cual en la descomposicion en que se hallaba en persona y vestido, presumia presentar títulos con que recomendarse á la de los caireles. Esta como pensativa estuvo dándose cuenta en sus adentros de aquel pasage, y luego con resolucion firme y voz segura dijo así:

« ¿Y este fregado es por mí?

« ¿Y por quién habia de ser? porque yo.... porque nadie.... porque ninguno.... (respondieron á un tiempo.)

« Escuchedes, caballeros, dijo ella. Por hembras tales cuales yo, de mis prendas y descendencia, hija de Catusa, sobrina de la Mendez y nieta de la Astrosa, sepan que ni estos son tratos ni con tratos ni cosas que van y vienen, ni nada de ello vale un pitoche. Cuando hombres se citan en riña, ande el andelque y corra la colorada, y no haber tenido aquí á la hija de mi madre sin darle el placer de hacer un floreo en la cara del otro. Si por mí mentan pelea, pues nada de ello fué verdad, hanse engañado de entero á entero, que no de medio á mitad. A ninguno de vos quiero: Miñgalarios el de Zafra me habla al ánima, y él y yo os miramos con desprecio y sobrejejo: á Dios blandenques, y si quereis, pedid cuenta á mi don Cuyo. » Dijo; escupió: mató la salivilla con el piso del zapato encarándose á Pulpete y Balbeja, y salió con las mismas alharacas que entró. La Madalena la guie.

Los dos ternes legítimos y sin mancha siquieron con los ojos á aquella doña Maria la Brava, la valerosa Gorgoja. Despues en ademan baladi pasaron los hierros por el brazo como limpiándolos de la sangre que pudieran haber tenido; á compas los envainaron, y se dijeron á un tiempo: « Por mugeres se perdió el mundo, por mugeres se perdió España, pero no se diga nunca, ni romances canten, ni ciegos pregonen, ni se escuche por plazas y mataderos que dos valientes se maten por tal y tal. Deme ese puño, don Pulpete: venga esa mano, don Balbeja. » Dijeron y saltaron en la calle los mas amigos del mundo, quedando yo espantado de tanta bizzarria.

## POESIAS.

### A LA MUERTE DE UNA GRAN SEÑORA DE CELEBRADA HERMOSURA.

(FRAGMENTOS.)

Allá por álveo anchísimo y umbrío  
Corre insensible el insondable rio  
Del tiempo y de la vida, sin que alcance  
La débil vista de la mente humana  
Ni su origen ni fin; pasan las olas  
De los años, por años impelidas;

En pos les apresuran la carrera  
 Los siglos en corriente impetuosa ;  
 Hasta hacerlas entrar desvanecidas  
 Del olvido en la tumba misteriosa.  
 Estos pasan tambien y desaparecen  
 Entre ruedas y círculos fugaces,  
 Que otros siglos y siglos renacientes  
 La eternidad les lanza poderosa  
 De sus perennes caudalosas fuentes.  
 Por medio de los túrbidos raudales  
 La mente pusilánime arredrando ,  
 Se ven llegar en formas colosales  
 Los sucesos que truecan las diademas ,  
 Que trastornan imperios , desvantando  
 Regiones y metrópolis supremas ;  
 Llegan entre las lluvias de los males ,  
 Con ímpetu estrellándose en la prole  
 Afligida de Adan que evita en vano  
 El fiero amago de la horrible mole :  
 Las gentes de los ámbitos del mundo ,  
 Inciertas corren , muy espantadas ,  
 Dan al viento sus tristes alaridos ,  
 Y en los presentes ecos resonantes ,  
 De cien generaciones ya pasadas  
 Se ahogan los gritos que asordaron antes.

La márgen del no ser encierra al rio  
 Con la márgen del ser en ancho cauce ,  
 Enlazando á los dos con honda fauce  
 Un puente de magnífico atavío.  
 En arcos de firmísimo topacio  
 Alzólo Dios con fausto poderío  
 Cuando pobló de mundos el espacio  
 Y dió la tierra al hombre en señorío.  
 Envolió con las nubes del secreto  
 La entrada y el final del edificio ,  
 Que la vida y la muerte son arcanos  
 Para el mortal : un hondo precipicio  
 Se traga al infeliz de los humanos ,  
 Cuando el velo que cubre tal misterio  
 Pretende alzar con sus impuras manos.

De las altas arcadas por remate  
 Se levantan las anchas galerías ,  
 Y se tiende el grandioso pavimento  
 Por do en la inmensa serie de los dias  
 Al dolor entregadas y al combate

Con mil diversos títulos y nombres  
 A recibir un mismo acabamiento  
 Van las generaciones de los hombres.  
 Dos desiguales sendas se dividen  
 El ancho espacio del marmóreo puente  
 En cada cual alzándose eminente  
 Un templo allí al placer , aquí á la pena :  
 El ámbito mayor este decora.  
 Sus grandiosas estancias y sus atrios  
 La especie humana por naciones llena ,  
 Y en su afliccion desesperada arrastra  
 De ageno crimen bárbara cadena.  
 Los míseros que suerte tan horrenda  
 Pretenden esquivar huyendo ansioso ,  
 Con prisiones se ven en la ancha senda  
 Por invisible mano detenidos ;  
 Y los ministros del dolor rabiosos ,  
 Lanzándose con gritos espantosos ,  
 Alcanzan á la turba sin ventura ,  
 Y con mofa cruel empedernidos  
 Venciéndoles su resistencia loca ,  
 El cáliz de la hiel y la amargura  
 Les hacen apurar con triste boca.  
 La muerte en tanto con segur airada  
 Los hiere y lanza al insondable rio  
 Que los lleva al abismo de la nada  
 Colmando al punto el funeral vacío  
 Otra generacion mas desgraciada.

En la otra senda de recinto estrecho  
 El cuadro es otro y el placer habita :  
 Es su solio feliz mullido lecho ,  
 Son su imperio vergeles y jardines ;  
 En torno con la música concita  
 Los coros de las danzas y festines ,  
 Y al armónico son y dulces voces  
 Se allegan fascinados los mortales ,  
 A su pesar pasándose veloces  
 De aquel centro de todas las delicias ,  
 Sin apagar la sed de los placeres  
 Casi al coger la flor de las caricias.  
 Número breve el séquito compone,  
 Que por alto decreto el cielo quiso  
 Hacer la tierra yermo para muchos ,  
 Para pocos florido paraiso.

Por tal camino entrastes en la vida

Envuelta en sedas infeliz matrona ;  
Oro y márfil ornáronte la cuna,

.....  
El ébano oriental con tiernos sones  
Aprendiste á pulsar , y en dulce canto  
Simulando de amor el blando idioma,  
Te enseñaste á rendir los corazones  
En arrullos de tímida paloma.  
Con planta airosa de ligera pluma  
Que aun ni hollará el heno de la orilla,  
Ni deshiciera entre la blanca espuma  
Las pompas de cristal que forma el agua ,  
Te adiestraste á medir el rico suelo  
Del soberbio salon , con leves giros ,  
Y en tu gentil donaire y suelta danza  
Flechabas del amor los dulces tiros  
Entre el desden , la duda y la esperanza.

El amor inspirastes con tus ojos,  
Y el delirio con habla deliciosa ,  
Que si un rey se arrodilla ante una hermosa  
Y un reino sacrifica á sus antojos,  
¿Quién no se rinde en lid voluptuosa  
A la muger que títulos enlaza  
De princesa feliz , con faz de diosa ?  
Lo mas galan , la flor de la nobleza,  
Los señores de alcázares y villas  
Siguieron officiosos tu belleza,  
Y sirviéndote en finos galanteos  
Los estados que ofrecen dos Castillas  
Rindieron á tus piés como trofeos.  
Cuidadoso rondando tus jardines  
Acaso en tanto por la noche umbría ,  
A mas fino galan viste templando  
El lloroso laud de Andalucía ,  
Y entre férvidos ayes y suspiros  
Cantar le oiste en triste melodía ,  
Respondiéndole tú con blandas quejas.  
¿Oh qué placer en el amor primero  
Hablar furtiva por las altas rejas  
Con un tímido amante caballero!

.....  
¿Qué se hicieron las plumas y las flores  
Que de tu sien realzaban la belleza...?  
Todo murió , y en vez de gala veo  
El mongil funeral en tu cabeza :  
Tus miembros que vistieron por trofeo

Las riquísimas telas que en Oriente  
Con oro teje el indio tributario ,  
Con místico sayal groseramente  
Ora los cubre el mísero sudario.  
Las turbas que vagaban placenteras  
Cerca de tí y tu séquito formaban ,  
¿Dónde se fueron ? ¡Ay ! te asisten ora  
Solo yertas estatuas de alabastro ,  
La adusta faz cubierta de viseras ,  
O matronas que empapan con su lloro  
El manto de las fúnebres banderas.  
No tal estancia alumbran mil antorchas  
Sobre cristal en trípodes soberbios ,  
Cual émulas del sol las viste un dia  
En azul arteson y en alto estuco  
Arderse entre la rica argentería.  
Una lámpara triste solitaria  
Suspensa de las bóvedas oscuras  
Brilla con lumbre temerosa y varia,  
Y al siniestro esplendor que al pecho pasma  
Ve la mente cruzar negras figuras  
O vaporosa faz de una fantasma.

.....  
¿Qué de verdades reveló la muerte  
A tu alma en los senos del sepulcro !  
Abrió la eternidad ante tus ojos  
Por entre el éter transparente y pulcro.  
Te mostró la mansion de los enojos ,  
De la vida inmortal el alto arcano,  
Y viste en fin á Dios en el empíreo  
Las aguas conteniendo con su mano ,  
Al Señor de las célicas alturas  
Que mil soles suspende con su aliento ;  
Y millones de arcángeles preside  
Desde el piropo inmenso de su asiento.  
Ven evocada á mi rogar ferviente ,  
Anima triste , al señalar la una  
El bronce vibrador de la alta torre ;  
Ven en la noche , y al brillo de la luna  
A mi fatal curiosidad descorre  
Los velos misteriosos que la suerte  
Solo nos alza , dándonos la muerte.

.....  
.....

## LA NIÑA EN FERIA.

Novela en verso.

La linda serrana,  
 El sol de la aldea,  
 Por ver y lucirse  
 Va y viene en la feria.  
 Vistióse advertida  
 Con galas de fiesta,  
 Que aliño y realce  
 El gusto dispiertan.  
 Feriándose viene,  
 Venderse no piensa,  
 Que hay prendas que en trueque  
 Se dan y no en venta.  
 Gentil desenfado  
 Con mil gracias muestra,  
 Casando al donaire  
 La noble modestia.  
 El sayal palmilla  
 Pomposo en la rueda,  
 Jaquelada en rojo  
 La fina arandela.  
 Turquí zapatilla,  
 Colorada media,  
 Con primor engarzan  
 La planta pequeña.  
 Asoma con puntas  
 Bordada cenefa  
 Del cendal que inquiere  
 La vista indiscreta.  
 La toca labrada  
 Prendida en la oreja,  
 Alfiler de oro  
 Recoge la trenza.  
 Relicario al pecho  
 Con doradas cuentas  
 Por Pascua de flores  
 Bendito en la iglesia.  
 El pié con aseó  
 Primoroso asienta;  
 ¡Cuán lince, los ojos  
 Que alcancen sus huellas!  
 Finísimas randas  
 El cuello le cercan,

¡Aranjuez de olores!  
 ¡Vergel de azucenas!  
 Curiosa ve y mira  
 La niña morena,  
 Y el leve ventalle  
 Lo abate ó despliega.  
 Feriantes la siguen,  
 Mil flores la echan,  
 El mas delantero  
 Hablándola llega.  
 «¿Dónde va, la dice,  
 La hermosa extranjera?  
 Que un ángel del cielo  
 No nació en la tierra.  
 Si valor la alcanza  
 Por oro que quiera,  
 Delante no pase  
 Y entre por mis puertas...  
 Recámara tengo,  
 Ducados sin cuenta,  
 Mercader tan rico  
 No lo vió Bruselas.  
 Servirán salvilla  
 Mis esclavas negras,  
 Y pages muy lindos  
 Cristal de Venecia.  
 Si conmigo casa,  
 Arrastrando sedas,  
 Sentará en estrados  
 Con grave eminencia.  
 Y oliendo en la noche  
 Pebetes y esencias,  
 Partirá mi lecho  
 De alfombras de Persia.»  
 Responde riendo  
 La niña morena:  
 «Encierre en sus cofres,  
 Burgués, sus riquezas;  
 Que si bien cual joya  
 Trocarme quisiera,  
 No á trueque tan alto  
 Que á compra me suena.»

Apenas da un paso  
 Cuando se le acerca  
 Famoso soldado  
 Que venció en la guerra.  
 Sombrero con plumas,  
 Valona y cadena,  
 Y al brazo bizarro  
 La capa revuelta.  
 Las calzas y veste  
 Grana de Florencia,  
 Y del talabarte  
 Durindaina cuelga.  
 Saluda y esclama:  
 «¡Cuál puede tal fuerza,  
 Estar sin presidio  
 Que evite sorpresas!  
 Por su castellano  
 Yo ruego me tenga,  
 Y vengán y tracen  
 Contrarios trincheras:  
 Que en mí vuestros ojos  
 Hicieron mas brecha,  
 Que en Dorlan ú Ostende  
 Jugando diez piezas.»  
 Responde riendo  
 La niña morena:  
 «Señor, tengo en mucho  
 Tan brava fineza,  
 Mas pica que el rey  
 A Flandes la lleva,  
 No puede continuo  
 Servirme aunque quiera.  
 Y yo pues trocáme  
 Voace en ciudadela,  
 No puedo ni un hora  
 Estar sin conserva.  
 Empero prometo  
 Por pagar tal deuda,  
 Que si mi velado  
 Me da su licencia,  
 Al primer nacido  
 Que embrace rodela,  
 Le asentaré plaza  
 En vuestras banderas.»  
 Le sale al encuentro  
 Envuelto en bayetas  
 El dómíne roto

Opas de Sigüenza.  
 «Permitidme, dice,  
 Que toda mi ciencia  
 Se derrame en gozo  
 A las plantas vuestras.  
 De Bártulo y Baldo  
 Sé graves sentencias,  
 Que os diré en requiebros  
 Las noches enteras.  
 Lazarillo sabio  
 Permitidme os sea,  
 Que hermosa sin guía  
 En llano tropieza.  
 Relato de coro  
 Todas las Pandectas,  
 Borlas y gamachas  
 Me envidan á puesta:  
 Que asaz necio soy  
 Para que no pueda  
 Trepar como tantos  
 A mas alta esfera.»  
 Burlando responde  
 La niña morena:  
 «Hermano, escusadme  
 Vision tan horrenda,  
 Que ropilla y faldas  
 De presto me acuerdan  
 El mongil frazado  
 Con que al muerto entierran.  
 Vigilias de amantes  
 No bien os asientan,  
 Que no es para ayunos  
 Tan fieras tareas.»  
 Pensativa sigue  
 La niña su senda  
 Por no hallar empleo  
 Que en bien le convenga.  
 Ya incierta no fia  
 De aquella promesa,  
 Que al luto, entre sueños  
 La Virgen le diera.  
 Sin padre ya y sola  
 Por siempre se cuenta,  
 Pero al abrir calle  
 Cumplióse su estrella.  
 De dos y de veinte  
 Un mancebo era

Florero que vende  
Flores de su huerta.  
Gaban por el hombro,  
Galana presencia,  
Bien tallado el talle,  
Razones discretas.

La niña al mirarle  
Se conturba y tiembla:  
Y mueve los ojos  
Creyendo que ensueña.  
« Este es, ¡ ay ! se dice  
El que en sueños viera,  
Cuando en romería  
Visité la peña.  
Pedile á la Virgen  
Guarda de mi herencia,  
Y allá lo que en sombras  
Verdad hoy me muestra. »  
Se va al de las flores  
La niña morena,  
Malicioso el gesto,  
Hablándole artera.

« Dígame, mancebo,  
(Así Dios mantenga,  
Con sombra sus flores,  
Sin sol su floresta )  
¿ En búcaro airoso  
Qué flor me vendiera,  
Que eterna adornara  
Mi pecho y mi reja,  
Que su aroma diese  
Consuelo á mi pena,  
Y á mis ojos niños  
Que hermosa entretenga? »

« No alcanzo, responde,  
Señora, tal ciencia:  
Mas tomad de tantas  
La flor que os convenga. »  
Y así relatando  
Rodilla por tierra,  
Le da en ramillete  
Las flores mas bellas.

« No quiero por ramos  
Tanta gentileza,  
Que al gusto, lo mucho  
Lo entibia y enferma.  
Mi afición es una,

No elijo superflua; »  
Y así hermosa hablando  
Vivaz como honesta,  
El lirio tomóle  
De pasión emblema,  
Que al pecho, el mancebo  
Con banda sujeta.

Al Paular en tanto  
Con grave cadencia  
Campanas tañian  
La misa de media,  
Y dice riendo

La niña morena:  
« ¿ Es misa ó rebato  
Allá lo que suena?  
Que desde que os hablo  
Se va mi cabeza,  
Y á fuego en mi pecho  
Baten con violencia.  
Por tanto ¿ quereis  
(Aquí habló bermeja)  
Por corto camino  
Llevarme á la iglesia? »

« No tal por mi vida,  
Aquel respondiera,  
Que rústicas flores  
No valen princesas.  
Son dos recentales  
Toda mi riqueza,  
Y un huerto tan breve  
Que guardo sin cerca.  
Tal beldad, señora,  
Mayor logro espera:  
Al amor humilde  
Mugeres desprecian. »

« No así, garzon bello,  
En llanto me deja:  
Prorumpo llorando  
La niña morena:  
Si tú bien me quieres  
Aparta sospechas,  
Que á hija del maestre  
El rey nada niega,  
Y soy (no contando  
La noble encomienda)  
Si alta por linage,  
Rica por hacienda. »

Gozoso el mancebo  
Bendice su lengua,  
Y con labio humilde  
Besóle la diestra.  
Cambiaron sortijas  
Por mayor terneza,  
Saludan la pila  
Y en la ermita entran.  
Se postran al preste  
Que el salmo les reza,  
Y en latin los casa  
Con gran reverencia.  
Del altar salieron  
Con suertes diversas,  
El ufano, alegre,  
Mas tímida ella.

Hubo tornaboda,  
Festin, larga mesa,  
Y danzas en donde  
Mas bodas se empañan.  
Bailaron los novios  
Canario y francesa,  
Y al tálamo fueron  
Sonando la queda:  
Y es fama que al año  
El sol de la aldea  
Sacaba un infante  
A lucir en feria.  
Infante á quien hizo  
Menino la reina,  
Y en años creciendo  
Tambien calzó espuela.